

que como dice el Apóstol: *Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó estando muertos por el pecado, nos hizo vivos á Cristo* (1), por cuya gracia somos salvos, y con él nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús.

3. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y tambien grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice san Pablo: *Quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens: buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre* (2). O dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro, allí está mi corazon, donde Vos estais ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. Ea, alma mía, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa á caminar donde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habian estado cerradas. Alégrate con estas nuevas; corre con la ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazon al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su celestial estrado; porque si ahora moras allí con el espíritu, despues morarás con él glorificada tambien con el cuerpo, por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como sentado Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre, comenzó luego á hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. Á unas puso entre los Ángeles, á otras entre los Arcángeles y Principados, y á otras entre los Querubines y Serafines, dando á cada una el lugar y silla conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría á los Patriarcas y á los Profetas; al glorioso san José y al gran Bautista; y tambien el lugar que daría á los que subieron con él glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! oh qué alegres estarían los Ángeles, cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David, en los hombres las ruinas y caidas de los malos Ángeles (3)! ¡Oh cuán bien cumplió el Padre eterno la palabra que dió á su Hijo, cuando le dijo: *Porque entregó su alma á la muerte, yo le*

(1) Ephes. II, 4. — (2) Colos. III, 1. — (3) Psalm. CIX, 6.

repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos (1)! Gózome, ó dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos.

2. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice san Pablo: *Pues tenemos un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesion de nuestra esperanza, no desfalleciendo* (2) en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos; y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice san Juan: *Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciacion por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo* (3). Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redencion tan copiosa como la que hizo, no dejará de abogar por mí y aplicarme el perdon que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá á tener parte con él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XX.

DEL RECOGIMIENTO Y ORACION QUE TUVIERON LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA ASCENSION HASTA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO PRIMERO.—1. *Volviéndose los discípulos á Jerusalem, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás apóstoles, perseverantes unanimiter in oratione, cum mulieribus, et Maria matre Jesu, et fratribus ejus: perseverando todos con un mismo ánimo en la oracion juntamente con las devotas mujeres y con Maria, madre de Jesús, y con sus hermanos.*—Lo primero, se ha de considerar como los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron estos diez dias en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gen-

(1) Isai. LIII, 12. — (2) Hebr. IV, 14. — (3) I Joan. II, 1.

te, ejercitándose en oracion fervorosa, para negociar la venida del Espíritu Santo; porque aunque Cristo nuestro Señor se lo habia prometido, sabian que las divinas promesas se cumplen por medio de la oracion, especialmente ésta de la cual les habia dicho el mismo Señor: *Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno al que se lo pidiere* (1)? Esta oracion acompañaron con otras excelentes virtudes, que se apuntan en las palabras dichas.

2. *Condiciones de la oracion para alcanzar el Espíritu Santo.*— Porque lo segundo, dice san Lucas que estaban todos muy unidos y conformes, teniendo un corazon y una voluntad, orando todos á una, porque sabian que la oracion de muchos unidos con amor es muy eficaz delante de Dios, segun aquello que su Maestro les habia dicho: *Digoos de verdad, que si dos de vosotros se concertaren entre sí sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren, se la concederá mi Padre que está en los cielos* (2), porque adonde están dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Como quien dice: Serán oidos de mi Padre; porque yo estoy con ellos ayudándoles á orar, y abogando y orando con ellos. Y como Cristo nuestro Señor les habia encargado tanto el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

3. Lo tercero, no solo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo, de donde procede ser la oracion recogida, teniendo unidas sus potencias para orar, porque tambien en este sentido, dice san Ambrosio (3), se entiende lo que Cristo nuestro Señor dijo, que será oida la oracion cuando en ella conciertan dos; esto es, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, concordando con verdadera mortificacion y sujecion del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que san Pablo llama espíritu; de modo, que para orar se aunen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginacion y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de estos dos ó tres unidos en su nombre, ayudándoles á orar.

4. Lo cuarto, estaban con grande perseverancia en su ejercicio, sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les habia dicho: *Conviene siempre orar y no desfallecer* (4). Y como Cristo nuestro Señor no les habia señalado tiempo para

(1) Luc. xi, 13. — (2) Matth. xviii, 19. — (3) In institut. ad Virg. c. 2.

(4) Luc. xviii, 1.

darles el Espíritu Santo, cada dia oraban y le pedian, multiplicando la oracion, como si aquel dia le hubieran de recibir, importunando á Dios que se lo diese, para que cuando no mereciesen alcanzar este don por amigos, siquiera le alcanzasen por importunos, como se lo habia avisado su Maestro.— Finalmente, *estaban orando en compañía de la Virgen sacratísima madre de Jesús* (1), á la cual sin duda tomarian por patrona é intercesora, sabiendo que podia ella sola mucho mas con su Hijo y con el Padre eterno, que todos ellos. Y así la Virgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia; y su oracion fué tan eficaz, que podemos decir de ella, que como alcanzó con sus oraciones la apresuracion de la encarnacion del Hijo de Dios, así tambien alcanzó la apresuracion de la venida del Espíritu Santo, para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

5. En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los Apóstoles, para negociar la venida del Espíritu Santo: es á saber, oracion recogida con union de mis potencias y sentidos; union de caridad con todos; perseverancia con importunidad en pedir, y devocion á la Virgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre, que ore por mí y abogue delante del Padre eterno y de su Hijo, para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo. De aquí tambien sacaré, que como el cenáculo donde estaban los Apóstoles es figura de la Iglesia, la cual es casa de oracion y de union; así he de procurar que mi alma sea, como este cenáculo, adornada con estas virtudes, para que descienda en ella el Espíritu Santo, y la enriquezca con sus dones. Y juntamente daré muchas gracias á nuestro Señor, por haberme puesto en su Iglesia; en la cual no oro solo, porque siempre ella ora por todos, y muchos justos oran unos por otros; y así en virtud de la comunión de los santos que hay en la Iglesia, mi oracion va acompañada con la de muchos justos, si quiero unirme con ellos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las causas y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oracion, aplicándolas á mí mismo, por tener en mí la misma fuerza.—La primera fué haberles mandado Cristo nuestro Señor á la partida que se estuviesen quedos y quietos en la ciudad, hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto; y en cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo haciendo de él casa de oracion y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron,

(1) Luc. xi, 8.

y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo nuestro Señor antes de salir á predicar estuvo cuarenta dias recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez dias, negociando el espíritu con que habian de salir á predicar su Evangelio.

2. La segunda causa fué el conocimiento de su flaqueza é insuficiencia, y la experiencia que tenian de ella en las ocasiones pasadas, especialmente en el tiempo de la pasion, y como se veian privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba; así lo uno como lo otro les atizaba y encendia un fervoroso deseo de la venida del Espíritu Santo, para que les enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así no cesaban de orar, gemir y suspirar por él. Unas veces le pedian al Padre eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo que en su nombre les habia prometido. Otras le pedian al mismo Jesucristo su maestro, suplicándole cumplierse la palabra que les habia dado de enviarle. Otras veces pedian al mismo Espíritu Santo se dignase de venir á visitarles, enseñarles y consolarles; alegándole por título la necesidad que tenian de su presencia para cumplir con el oficio que les estaba encomendado. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo, con gran clamor de corazón oraban, diciendo: Ven, ó santo Espíritu, hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ó Espíritu criador y consolador nuestro, visita las almas de tus siervos, llénalas de tu gracia celestial. Consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortalécelas con la potencia de tu virtud. Pero quien con mas fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas era la Virgen, porque pedia con mas caridad, y no solo para sí, sino para los Apóstoles; porque si en las bodas, cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasion, ¿con cuánto mas fervor pediria ahora el vino del amor y fervor que procedia del Espíritu Santo, para aquella congregacion que estaba en él necesitada?

3. A imitacion de estos santos varones tengo yo de atizar en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndoselo á cada una; aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mencion de esto. Hablando con el Padre eterno ó con Cristo nuestro Señor, puedo decir aquellas palabras de David: Ó Dios inmenso, *cria en mi corazón limpio, y renueva en mí el espíritu recto, vuélveme la alegría de tu sa-*

lud, y confirmame con el espíritu principal (1). *Envia, Señor, tu espíritu y seré renovado*, pues con él renuevas la sobre haz de la tierra (2). Hablando con el Espíritu Santo, es muy á propósito el himno *Veni creator Spiritus*, y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: Ven, padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven, lumbré de los corazones: *O lux beatissima, reple cordis intima tuorum fidelium*. Ó lumbré esclarecidísima, ó fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazón, purifícale, témplale, ilústrale, y abrásale con las llamas de tu divino amor.

4. Últimamente, ponderaré como el Espíritu Santo, cuyo es, como dice san Pablo, pedir por los justos con gemidos que no se pueden decir (3), iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles, porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar, y aunque todos estos diez dias los iba atizando, pero en los postreros dias los encendia mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos que me dispongan para recibirle. Ó espíritu divino y Dios eterno, de quien está escrito, que el fuego precede y viene delante de tí (4), enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abra todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella. Ó Apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadle me los comunique, para que sea capaz de recibirle como lo recibisteis, pues mi necesidad no es menor que fué la vuestra. Ó Virgen gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó á los Apóstoles, y representádsela con gran fervor, para que por vuestra intercesion me embriague como á ellos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que Cristo nuestro Señor dilató diez dias el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu Santo. La primera fué, para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Porque en la Escritura el número de diez significa muchedumbre de dias, y así se dice en el Apocalipsis: que la persecucion duraria diez dias (5), esto es, muy muchos. Quiere, pues, nuestro Señor que entendamos que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos dias, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco,

(1) Psalm. l. 12. — (2) Psalm. ciii, 30. — (3) Rom. viii, 26.

(4) Psalm. xcvi, 3. — (5) Apoc. ii, 10.

y despues se paga bastantemente con el don que se da en un dia. Y tambien lo que presto se alcanza (1), presto se suele perder, como sucedió á Salomon, que alcanzó de presto el espíritu de la sabiduría; y como le costó poco, no dió buen cobro de él. De donde sacaré resolucion de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que durare la pretension, aplicando á este propósito lo que dijo Habacuc profeta. *Si se tardare, espérale, porque viniendo vendrá, y no tardará* (2). Y aunque tarde conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida entre en provecho.

2. La segunda causa fué, para significar la perfeccion con que hemos de pretender este don, porque el número de diez significa esta perfeccion, segun aquello que dijo el profeta Baruc á su pueblo: *Diez veces mas habeis de convertiros á Dios, que os apartásteis de él* (3), y así quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfeccion, animándose á cumplir los diez mandamientos de su divina ley, y perseverar en este cumplimiento con grande instancia, porque oracion y obediencia recaban de Dios lo que le pedimos. Ó dulcísimo Jesús, que dijiste á tus Apóstoles: *Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permaneciéren en vosotros, cuanto quisiéredes pediréis, y dárselos ha* (4): concédeme que permanezca en tí por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino Espíritu, me lo des con grande plenitud. Algunos contemplan que en los nueve dias despues de la ascension, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoracion á Cristo nuestro Señor, cada coro en su dia (5); y á esta causa vino el Espíritu Santo el dia décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de Ángeles en estos nueve dias, pidiendo cada dia á un coro de ellos que me negocie la venida del Espíritu Santo.

MEDITACION XXI.

DE LA ELECCION DE SAN MATÍAS AL APOSTOLADO, QUE SE HIZO EN ESTE TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.—1. *En estos dias san Pedro asistiendo en medio de todos los discípulos, que eran ciento y veinte, trató de elegir un apóstol*

(1) D. Basil. De constit. monastic. 2 ad finem. — (2) Habac. II, 3.
(3) Baruch. IV, 28. — (4) Joan. XV, 7. — (5) Niceph. lib. 1, c. 37.

en lugar de Judas: y habiendo nombrado dos, á Barsabas, por sobre-nombre Justo, y á Matias, haciendo oracion á Dios que conocia los corazones, para que declarase el que tenia escogido; cayó la suerte sobre Matias (1).—Lo primero, se ha de considerar la providencia que tiene nuestro Señor de que nunca falte el número de sus escogidos para las dignidades y oficios de la Iglesia militante: porque así como faltando Judas, quiso que se escogiese Matias, para cumplir el número que tenia señalado de doce Apóstoles; así tambien cuando alguno falta en la fe y cristianismo, ó en la religion, ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar: por lo cual dijo en el Apocalipsis á un obispo: *Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona* (2). De donde sacaré dos afectos importantes; uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas, por quien dijo el Salmista, *y reciba otro su obispado* (3), como ya ponderamos en la parte IV.

2. El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y con las religiones, y con todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren.—Tambien tengo de ponderar cómo Cristo nuestro Señor gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella; porque pudiendo en los cuarenta dias que estuvo en el mundo despues de su resurreccion escoger otro apóstol en lugar de Judas, como habia escogido á los demás antes de su pasion, perteneciéndole esto por razon de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á san Pedro y al colegio apostólico, para que ellos nombrasen, y por su medio se hiciese la eleccion, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen es providencia suya, y han de ser obedecidos en ello como si él mismo lo ordenara, pues por esto les dijo: *El que á vosotros oye, á mí oye* (4).

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso. Lo primero, ponderaré la solicitud que tenia san Pedro, como cabeza de aquella congregacion, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que habia de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió cuando le abrió el sentido para que entendiese las Escrituras, y así en-

(1) Act. I, 15. — (2) Apoc. III, 11. — (3) Psalm. CVIII, 8. — (4) Luc. X, 16.